

Santa Sede simboliza. El movimiento de las escuelas de Italia, inmediatas herederas del muerto imperio bizantino, en Roma se deja sentir como un poderoso centro, comunicando luego á todos los ámbitos de la Europa culta las vibraciones armónicas de una vida que no es por cierto la vida de los sentidos. Roma moderna se agranda, se embellece; álzanse por do quiera monumentos insignes á la religion, á las ciencias y á la caridad; los de la Roma antigua son explorados y sostenidos con esmero; las investigaciones se multiplican, y á la magnitud de los sacrificios corresponde la magnitud de los resultados. La arqueología logra maravillosos descubrimientos.

De las termas de Caracalla conservan despojos de gran precio los museos de Roma, Nápoles y aún Florencia. El famoso torso de Belvedere, segun la opinion de muchos, la Flora, el Hércules Farnesio, y el grupo de Dirce asida á la cuerda del toro, ornamentos una y otros del museo Real de Nápoles, la Ninfa, una estatua de Pallas, la de Atreo, las dos magníficas urnas de granito, ahora fontanas de plaza Farnese, el gran mosaico de los gladiadores, que se admira por todos en el museo de San Juan de Letran, bustos, columnas, bajo-relieves, mármoles de diversas clases, camafeos, medallas, lámparas, multitud de objetos interesantísimos para la arqueología, que en su mayor parte acrecentaron la ya rica coleccion del palacio Farnese, fueron extraídos, principalmente en el siglo xvi, de entre las ruinas de aquel suntuoso edificio imperial, *opus egregium*, en cuyos ámbitos reina el silencio de la muerte.

Nos hallamos en el período de las grandes extravagancias arquitectónicas, en el delirio del imperio, que precede en poco á su decadencia y á su ruina. A los siglos II y III corresponde el mayor lujo de las construcciones romanas, si no la mayor pureza en el gusto. Los templos, los arcos, los acueductos, los teatros, los jardines, los palacios se multiplican. A juzgar por el insolente esplendor de aquella sociedad corrompida y de aquellos déspotas sin corazón, el cataclismo viene á todo andar. En la Roma subterránea se mueve una gran familia que no tiene basílicas de mármol para el culto de su Dios, ni al-

cázares de oro para su rey, á quien llama Padre. En los circos y en los anfiteatros sufren tormentos y agonía y muerte los súbditos más pacíficos del imperio, los únicos que saben obedecer por conciencia. La semilla de la virtud, escondida en las Catacumbas y fecundada por la sangre y por las lágrimas de generaciones heroicas, va á producir pronto frutos de santa y civilizadora regeneracion. Asistimos, pues, á los últimos instantes del paganismo coronado, y en el reloj de los tiempos va á sonar pronto la hora suprema para el imperio; la piedra desprendida de la montaña ha herido la estatua del monstruo de Occidente, y la estatua viene á tierra hecha pedazos. Los destinos de la humanidad se cambian; la musa de la historia vuelve la hoja del libro y comienza una nueva página. Eliogábalo, al agrandar y embellecer los jardines de su padre *Varius*, formando en ellos una especie de palacio oriental, no hará sino explanar el terreno donde en breve ha de surgir la basílica de Santa Cruz *in Gierusalemme*. La memoria de la hermosa mártir Cecilia vivirá perpétuamente en el culto de las generaciones; para sus restos preciosos se levantarán iglesias; el sepulcro de aquella otra Cecilia de la via Appia servirá para fortalecer en los combates de la Edad Media y vendrá al suelo más tarde; el aire de la campaña esparcerá las cenizas de la matrona orgullosa; de la matrona y de su sepulcro sólo quedarán un nombre y unas ruinas; de la Cecilia cristiana queda un perfume de pureza y un tesoro de santidad, que desde los tiempos de Alejandro Severo llenan la ciudad de las colinas. La viuda Sinforosa y sus siete hijos han renovado en los días de Adriano el heroismo de los Macabeos: la ilustre familia del senador Pudente ha dado ya nombres inmortales á la historia de las persecuciones y del martirio, que es el camino ensangrentado del progreso y de la salvacion.

En la segunda mitad del siglo III y primera del siguiente, un gran monumento de la voluptuosidad romana y de las pompas imperiales se levanta al pié del Viminal; parece el último esfuerzo de una llama que se extingue, el último estrépito de una orgía que se acaba: las termas de Diocleciano. Millares de cristianos cautivos las construyeron; exceden en primores y en

lujo, si no en extension, á todas las existentes. Pero los momentos de aquella sociedad están contados: otra civilizacion y otra sociedad aprovecharán en su dia buena parte de los muros y de los mármoles y de los pórticos y de las esculturas, que forman y llenan el vasto edificio de Diocleciano. Aquella sala redonda más pequeña será iglesia de San Bernardo; aquella otra magnífica, tambien redonda, la de las enormes columnas de granito, será Santa María de los Ángeles. En el inmenso campo de los juegos y de los paseos y de los jardines, construirá Miguel Ángel, pasados once siglos, el hermoso patio cuadrado de la Cartuja; y en el patio cuadrado, otros tres siglos más tarde, se celebrará una exposicion artística de objetos del culto cristiano. ¿No es verdad que las termas del más cruel de los emperadores han sufrido y siguen sufriendo la más santa y dulce de las purificaciones?.....

La tristeza de los pensamientos que inspiran las ruinas de la Roma antigua, se dulcifica tan sólo con la consideracion de los monumentos que llenan la Roma moderna.

La revista de las ruinas es una revista desconsoladora de crímenes y de vicios. Repasad una por una las obras de la arquitectura pagana; templos ó divinidades ridículas, palacios para el error, moradas suntuosas de tiranos ó de procónsules corrompidos, alcázares de la vanidad, circos y anfiteatros, escuelas de costumbres sanguinarias y de placeres feroces: ni una sola de las obras, que ostentó la Roma omnipotente, fué construida por la mano de la virtud ni por las inspiraciones del amor. ¿Y los enfermos desvalidos de aquella ciudad de seis millones de habitantes? ¿Y los pobres imposibilitados para el trabajo? ¿Y las madres sin ventura? ¿Y los recién nacidos expuestos en la columna Lactaria? ¿Y los dementes? ¿Y los huérfanos sin profesion y sin pan? Los historiadores y los filósofos dirán cuanto quieran acerca de estas clases desheredadas, ínfimas barreduras de la córte de los Césares: los resucitadores de un neo-romanismo extravagante dirán quizá que á todas estas desdichas proveia la munificencia imperial. ¡Triste sarcasmo! ¡La munificencia de los Calígulas, Caracallas y Dioclecianos! En tanto la arquitectura con su horrible silencio desmiente á

los historiadores y á los filósofos. La arquitectura romana se encoge de hombros cuando le preguntais qué cosa es un hospital y un hospicio y una casa de maternidad. Vitruvio no da reglas para semejantes construcciones. Las ruinas presentes recuerdan lugares donde se causaban heridas, no donde se curaban; recuerdan palacios donde se affigia á la inocencia, no asilos donde la inocencia hallára cariñosa proteccion; recuerdan teatros espléndidos de insensatas alegrías, no plácidos refugios de almas tristes y de negros infortunios. La arquitectura romana no adivinó siquiera esta nueva faz del arte: el artista, que habia de levantar palacios para los pobres y para los enfermos, y para las madres desventuradas y para los niños abandonados, no habia tomado aún pacífica posesion de la tierra; su nombre no estaba escrito en el diccionario de la fastuosa lengua de Ciceron y de Virgilio. Aquel artista se llamaba La Caridad. Los tiempos corren, las nieblas del error se van alzando, y el espíritu y la mirada empiezan ya á reposar con amor en obras, que despiertan sentimientos más dulces é ideas más elevadas. Sobre la via Labicana, *inter duos lauros*, el sepulcro de Santa Elena; sobre la via Nomentana el sepulcro de Santa Constanza; junto al coliseo el arco de Constantino, formado con despojos del de Trajano..... En los campos Vaticanos, en el Celio, en la via Ostiense, en los puntos más culminantes de la Roma pagana, va á brillar la luz, ahora escondida en las profundidades de la tierra. El cristianismo ha subido al trono del imperio; la cruz va á ser el lábaro glorioso de las legiones romanas. La basílica empezada por Magencio será inaugurada por Constantino. En los alrededores de la ciudad pagana, y en la via Sacra vienen á caer los últimos. El poder y la fortuna han hecho un viaje al rededor de las colinas; las bóvedas de la basílica de Magencio arruinadas, y el arco de Constantino de pié, íntegro é inmóvil, simbolizan los destinos de las dos Romas. Donde acaba el lujo de los templos empieza el esplendor de las iglesias; las lámparas de Letran sobre el Celio, y de Santa María sobre el Esquilino, y de San Pedro en el Vaticano, y de San Pablo en la via Ostiense, alumbran el

funeral del mundo antiguo á las cuatro extremidades del gran féretro de la Roma pagana.

Magnífica galería de escombros y de ruinas la que desde esos cuatro puntos cardinales se descubre.

Si nos ha sido fácil por lo poco numerosos clasificar los monumentos aún vivos de la época de los reyes, en gran manera difícil sería hacerlo con los monumentos de la república y del imperio. Todas las vicisitudes de la política, todas las magnificencias del culto pagánico, toda la suntuosidad de los Césares, todas las aberraciones del pueblo más vanidoso y superficial que ha pasado por la tierra, todo está escrito en las ruinas que guardan las siete colinas y el campo Marcio y el Trastevere y los valles silenciosos de la campaña romana: no hay edad que no presente su testigo; no hay suceso de primer orden que no palpite aún en los montones de tierra que cubren el Foro y el Comicio. Lícito es al viajero visitar la orilla donde se meció la pobre cuna de Rómulo, y recorrer el prado humilde adonde el poder vino á buscar á Cincinato y señalar el sitio donde fueron las curias, y donde Ciceron acusó á Catilina, y donde la mujer de Antonio picó con agujas de oro la lengua y los ojos de Ciceron, y donde fué quemado el cadáver de Julio César, y donde nació y donde murió el imperio más grande del mundo. Las ruinas que han quedado de todos los tiempos son como piedras miliarias del camino de la historia, puntos cardinales sobre los que el espíritu moderno levanta sin gran esfuerzo el plano completo de la Roma imperial; y la imaginación, perdiendo de vista los edificios y las calles de hoy, pasea con Hortensio ó con Sila por aquel clivo estrecho que desde la via Sacra llegaba á la casa de Clodio, ó encuentra á Horacio acometido en el Foro por el impertinente *secatore* y llevado á remolque hasta los jardines de César al otro lado del Tíber, y sabe buscar en su morada respectiva á los personajes todos del siglo de oro, y sorprende á Ennio en su pobre casa del Aventino y á Terencio en sus jardines de la via Appia, y entra al volver á saludar á Plinio el Joven en su palacio del Esquilino, y ve á lo léjos á Marcial subiendo la cuesta de la Suburra ó jadeando en la escalera de su piso tercero sobre el

Quirinal. Suprímense las ruinas, y todas las descripciones de los libros no bastarán para dar idea de templos ni de pórticos ni de palacios, que eran una ciudad, ni de termas, que eran una provincia, ni de los puentes, caminos para la tierra levantados sobre el agua, ni de los acueductos, caminos de piedra para el agua levantados sobre la tierra. Suprímense las ruinas de Roma y el fondo de poesía sobre que resaltan, y el mundo antiguo se despedirá para siempre de la ciencia y de la historia. La Roma cristiana, conservando con amor los monumentos y los escombros de la Roma pagana, merece bien del mundo culto y justifica su noble dictado de asilo de los tristes y refugio de las grandezas abatidas. La Roma de las ruinas aparece hermosa en medio de su soledad, magnífica como la Níobe de las naciones, símbolo majestuoso del duelo humano. Nuestro Murillo, al pintar al hijo pródigo que vuelve á la casa paterna, lo vistió de harapos, pero de harapos en que se descubren hilos de oro y tejido de púrpura; así son los harapos arquitectónicos y monumentales de este otro hijo pródigo de la historia universal. Siglo por siglo, los monumentos dan todavía razon de las revoluciones.

«Yo vi las guerras de Rómulo y Tacio», dice á la falda del Palatino la estrecha calle que va al Velabro. «Yo vi detenerse espantados de horror (*consternatos equos*) los caballos del carro de Tulia entre el Esquilino y el Viminal», dice el antiguo Vicus Cyprius, hoy *Via Urbana*. «Yo di paso á Valeria y á las mujeres romanas que detuvieron á Coriolano y salvaron á Roma», dice la puerta Capena; y el monte Sacro, no léjos de la puerta Pia, cuenta la historia de las revueltas de la plebe y la creacion de los tribunos, primer triunfo del retraimiento en la historia de las convulsiones políticas. «Yo nací á la muerte del último rey», dice la isla fantástica que surge en medio del Tíber. En la cumbre del Capitolio, sobre una humilde puerta que da paso á un corral, se lee esta noticia: *Qui si vede la rocca Tarpea*. «Yo ví caer el cuerpo de Virginia sacrificada por su padre el Decenviro», dice aquel espacio, hoy solitario, al norte del Foro, donde estuvieron las tiendas de los mercaderes. «Yo ví congregada á la Roma brillante de Pompeyo», dice el

teatro de la calle Montanara. «Yo ví caer á mis piés á Julio César», dice en el palacio Spada una estatua de mármol. «Yo guardé las cenizas del Señor del mundo», dice el mausoleo de Augusto, donde ahora hace comedias de purcinela una compañía de quinto orden. «Yo encerré las tumbas de emperadores tan gloriosos como Adriano y Antonino Pío y Marco Aurelio y Septimio Severo», responde desde enfrente la mole redonda de Sant Angelo, hoy llena de soldados y erizada de cañones. «Yo dí morada á todos los dioses», dice el Panteon. «Yo á todas las locuras», dicen las termas. «Yo á todas las abominaciones», dicen el circo Máximo y el Anfiteatro y los campos melancólicos del Esquilino, donde fueron los jardines de Mecénas, y la risueña colina del Pincio, donde fueron los jardines Domicianos y brilló con todo su fuego la diabólica hermosura de Mesalina; y así los templos y los arcos y las columnas y los obeliscos, en silenciosa pero solemne conversacion, perpetúan á través de los siglos y de los trastornos sociales la nocion verdadera de sucesos lejanos, que prepararon los caminos de la civilizacion presente.

Para gozar en toda su elocuencia el lenguaje de las piedras carcomidas y de los muros rotos y de las columnas despedazadas, más puro y clásico en esta ciudad de Roma que en ninguna otra del mundo, fuerza es que los ojos del espíritu estén un tanto habituados á aquella media luz pálida y serena, que tan bien dice con la soledad y con el silencio de las ruinas.

¿Qué es el alma humana, triste y combatida, sino un campo de ruinas más ó ménos poéticas, ruinas de la ventura pasada, que se llaman recuerdos, ruinas de la esperanza perdida, que se llaman desengaños?

Por eso aquí en esta ciudad de los monumentos y de los escombros viven como en su centro los atormentados del mundo, y hallan su último definitivo amor los que han probado la hiel de todos los amores.

Aquí el filósofo domina desde un suelo que cubre tumbas de imperios el panorama inmenso de los siglos.

Mucho instruye la historia escrita por los sabios; pero instruye *mejor* la historia contada por las ruinas.

SAN PEDRO.

LA CATEDRAL DEL MUNDO.

I.

La primera visita corresponde de justicia á San Pedro. Por San Pedro debe empezar todo libro que á las grandezas de Roma se refiera. Roma es la ciudad, históricamente hablando, más importante del mundo: el más insigne monumento de Roma, y por tanto del mundo, es la Basílica de San Pedro. En ella han doblado su rodilla los príncipes más poderosos de la tierra; Constantino, Carlo Magno, Carlos I de España: en ella han orado las generaciones de quince siglos: en ella han empleado á porfia su magnificencia los pontífices, su espléndida generosidad los reyes, su caridad los pueblos, su genio los artistas; y como si al universal tributo de los tiempos modernos quisiera agregar su ofrenda el mundo antiguo, la Roma de los Césares dejó al morir sus mármoles, sus columnas y obeliscos para acrecentar la nueva hermosura de la Roma de los Mártires y de los Papas. La luz que há más de 1500 años arde inextinguible junto á la tumba venerada de San Pedro, seguirá luciendo á pesar de los huracanes, y llevará sus resplandores á través del tiempo hasta los espacios infinitos que caen al otro lado de la eternidad.

Y sin embargo, con ser la Basílica de San Pedro el templo